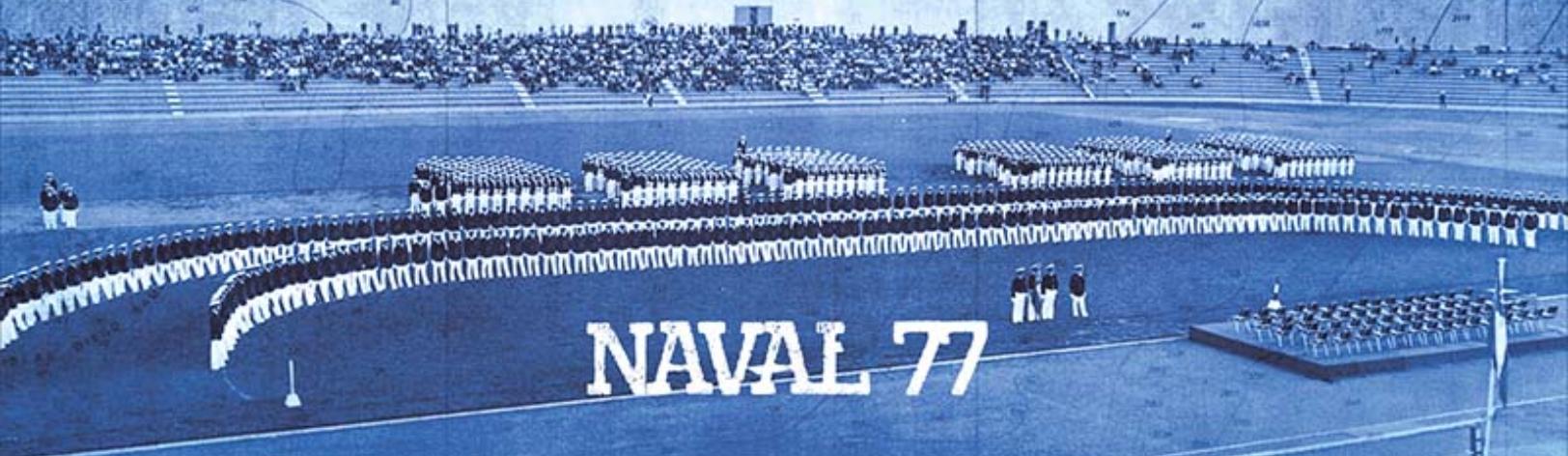


Amalfi
EDICIONES

VENCER O MORIR

LA FUERZA DE UN JURAMENTO

CRISIS DE 1978



NAVAL 77

VENCER O MORIR

LA FUERZA DE UN JURAMENTO

CRISIS DE 1978

Amalfi
EDICIONES

VENCER O MORIR: LA FUERZA DE UN JURAMENTO CRISIS DE 1978

Coautores, en representación de Naval 77:

Enrique Alvayay Castro

Karel Blaha Rodríguez

Jorge Gutiérrez Garay

Reinaldo Reinike Espinoza

Javier Tortello Schuwirth

Dirección de correo electrónico: contacto@naval77.cl

Amalfi Ediciones

Badajoz 100, of. 523

Las Condes, Santiago, Chile

Edición: Benjamín Lagos Cárdenas

Diseño: Carlos Merino Vial

Composición de portada: Coautores y Karen Caimi Körbler

Imágenes de portada: Bendición de espadas (Carlos Palma) y Carta Náutica 13000 (Servicio Hidrográfico y Oceanográfico de la Armada de Chile)

ISBN: 978-956-404-297-8

ISBN digital: 978-956-6172-11-6

Registro de Propiedad Intelectual: N° 2021-A-5652, 29 de junio 2021

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Queda totalmente prohibido copiar, distribuir, transmitir, ejecutar, reproducir, publicar, conceder en licencia, transferir o vender su contenido totalmente o por partes. Así mismo, queda prohibido utilizar este material, ni siquiera parcialmente, en páginas web sin que se haya obtenido el consentimiento explícito de los autores.

Contenidos

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[El camino previo a la crisis](#)

[Los desafíos iniciales](#)

[La previa](#)

[El momento decisivo](#)

[Reflexiones finales para un cambio de guardia](#)

[Glosario de términos](#)

[Comparación y despliegue de fuerzas navales principales](#)

[Los grados jerárquicos de la Armada](#)

[Fotos e imágenes](#)

[Integrantes del curso Naval 77](#)

Consideraciones a la Segunda Edición

Naval 77 presenta esta segunda edición, debido a que los 1.500 ejemplares de la primera se agotaron en dos meses. En esta segunda edición se mantiene invariable la línea original del libro, el cual, sin pretender ser un texto académico histórico relata en forma testimonial recuerdos y vivencias de los integrantes del curso Naval 77 como protagonistas en la crisis que Argentina desencadenó en 1978, con su pretensión sobre algunas islas del sur de Chile.

En todo caso, se han realizado correcciones para enmendar errores de los recuerdos escritos después de más de 40 años de los acontecimientos, pero manteniendo en su esencia los sentimientos y las anécdotas que se vivieron en un período muy especial de la vida de la patria y de estos, entonces, jóvenes oficiales de la Armada de Chile en la esperanza de poder traspasar, dentro de lo que la naturaleza humana permite, una experiencia inigualable.

Quedan en los archivos numerosos aportes de integrantes de Naval 77 que no pudieron ser incluidos en el libro, para mantener su extensión en un nivel manejable, pero que esperamos poder compartir pronto por otras vías.

In memoriam

A nuestros carretas que formaron parte del curso Naval 77 y que ya iniciaron su navegar en los mares de la inmortalidad.

Vaya para ellos nuestro permanente recuerdo de las vivencias que compartimos. Estamos convencidos de que mientras alguno de nosotros los recuerde, habrán trascendido, y esperamos que lean estas páginas en el puerto del descanso eterno donde permanecen las almas de los justos.

Elevamos nuestras oraciones por su eterno reposo, mientras aún resuenan en nuestros oídos las tristes notas de «Yo tenía un camarada» que entonamos en sus despedidas.

Sigan descansando en paz y preparen el muelle para cuando nos toque recalcar.



Fig. 1: Algunos de los viejos tercios de Naval 77, en 2018, en misa de recuerdo por sus carretas que ya han partido.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible si quienes somos parte del curso Naval 77 no hubiéramos roto ciertos paradigmas y no nos hubiéramos sentado a repasar y recordar episodios vividos en nuestra mejor juventud. Por ello agradecemos a todos y cada uno de los integrantes de nuestra promoción naval que se dieron el tiempo y escribieron y rebuscaron en sus baúles las imágenes necesarias para enriquecer con sus relatos esta obra, porque sabemos que debieron recorrer los vericuetos de su memoria recordando hechos, situaciones y circunstancias que con gran cariño han puesto a disposición de los coautores.

Asimismo, también agradecemos a Pamela Niemann, Loreto Godoy y Carlos Zúñiga, quienes contribuyeron leyendo y revisando nuestro manuscrito inicial, entregándonos sus valiosas observaciones y apreciaciones, lo que sin duda ayudó a la composición final.

El aporte que recibimos de Karen Caimi, profesora de Lenguaje y Comunicación de la Universidad Adolfo Ibáñez, también fue relevante para corregir, sugerir, editar, diagramar y dar estructura y continuidad a esta obra que se ha construido a partir de apuntes de diversos autores, y que se pasea por un cuanto hay en el mundo de lo naval y lo civil. Vayan para ella nuestros agradecimientos por esto y por su apoyo en el diseño de la portada.

Agradecemos a la Secretaría General de la Armada de Chile y al Museo Marítimo Nacional por su colaboración con algunas fotos que han sido útiles para complementar los relatos y al Servicio Hidrográfico y Oceanográfico de la Armada por las imágenes de las cartas de navegación que se incluyen en este libro. Extendemos los agradecimientos, asimismo, a la fundación argentina Histarmar, por autorizarnos a emplear imágenes de su vasta colección.

Los dibujos de los principales buques de la Armada de Chile que participaron en la crisis de 1978, creados por el capitán de navío (R) Tomás Schlack, aportan a esta obra un componente artístico de notable factura, que aumenta el valor de lo descriptivo de las narraciones, lo que agradecemos y reconocemos como un aspecto relevante del libro.

Agradecemos particularmente al excomandante en jefe de la Armada, almirante Miguel A. Vergara, quien aceptó prologar nuestro escrito dándose tiempo para leerlo. Su contribución aportó el contexto político y estratégico que esta obra requería y describió el espíritu que siempre quisimos darle. Además, contribuyó con sus acertados consejos respecto de algunas partes del contenido en cuanto a su forma, respetando siempre el fondo de las ideas que nosotros deseábamos expresar, lo que valoramos de manera especial.

Al hacer un esfuerzo literario destinado a narrar hechos trascendentales en los que participaron muchas personas, no se puede dejar de agradecer a aquellos que contribuyeron directamente a que las vivencias relatadas se hayan podido dar de esa forma y no de otra. Nos referimos a los comandantes, oficiales y gente de mar que ese año de 1978 fueron parte de las dotaciones en los buques y unidades en que ocurrieron los hechos que se

describen en este libro. La lista es extensa como para nombrarlos individualmente, pero sepan ellos que sus enseñanzas, apoyos e incluso sus reprimendas, fueron esenciales en nuestra vida personal y profesional después de la crisis; por eso, sus nombres los llevamos grabados en nuestros corazones.

También, extendemos nuestro reconocimiento a las familias de cada integrante de Naval 77, esposas, hijos, nietos y padres, que han apoyado a cada uno de sus nautas en esta hermosa cruzada de ir a los recuerdos de antaño para intentar relatar acontecimientos vividos.

Finalmente, un especial agradecimiento a Su Santidad, el papa Juan Pablo II, ya que, sin su mediación en esa crisis con Argentina, este libro probablemente no habría existido, o sería muy diferente.

Coautores
Enrique Alvaay Castro
Karel Blaha Rodríguez
Jorge Gutiérrez Garay
Reinaldo Reinike Espinoza
Javier Tortello Schuwirth

Prólogo

Estamos ante un libro testimonial, que relata las experiencias de una promoción de oficiales de marina que, recién desembarcándose del Buque-Escuela «Esmeralda», con el grado de subtenientes, fueron destinados a las distintas unidades y reparticiones navales. Esto no tendría novedad alguna si no fuera por dos características. Primero, se trata de la promoción más grande que jamás se ha graduado en la Escuela Naval. Tan numerosa que, para su juramento, el 18 de diciembre de 1976, debieron conformar un doble arco de espadas. Todos ellos se enmarcan en el autodenominado «Curso Naval 1977», compuesto por oficiales Ejecutivos e Ingenieros (160), Infantería de Marina (16), Abastecimiento (12), Litoral (5), Marina Mercante (33) y escalafón Cubierta y Máquinas (27), más otros que por amistad y motu proprio se han incorporado informalmente a ese grupo.

La gran cantidad de egresados a fines de ese año 1976 nos lleva a la segunda peculiaridad de esta hornada de oficiales, a saber, que se incorporaron al servicio en un período de creciente tensión con Argentina, a raíz del fallo del laudo arbitral por las islas Picton, Lennox y Nueva, en el canal Beagle. Esta resolución fue dada a conocer por el gobierno de Gran Bretaña el 2 de mayo de 1977, ratificando plenamente los derechos de Chile, lo que no fue del agrado de Argentina. Así, ese país, previo a innumerables provocaciones en el Beagle, en un verdadero

barbarismo jurídico, el 25 de enero de 1978 declaró que el fallo de la Corte Arbitral era «insanablemente nulo». A partir de ese momento la tensión fue creciente, hasta que el 22 de diciembre de 1978, la Escuadra chilena y la Flomar argentina estuvieron a punto de romper el fuego e iniciar una guerra, que habría tenido dramáticas consecuencias para ambos países.

Afortunadamente, a última hora primó la cordura y Argentina desistió de su intento de invasión para conquistar las mencionadas islas del Beagle y otras más al sur. No sin pesar debió abandonar su teoría bioceánica, basada en una supuesta delimitación entre Chile y Argentina a través del meridiano del Cabo de Hornos ($67^{\circ} 16.0' W$), teoría que ahora nuevamente intenta retomar con la proyección de su Plataforma Continental en el Mar Austral. Nuestro país, pese a tener un menor potencial bélico, logró la disuasión por su decidida actitud de defender sus derechos hasta las últimas consecuencias. A la decisión argentina de sacarse la pintura de guerra, contribuyó también el severo mal tiempo que enfrentó la Flomar en los días previos a la invasión y, sobre todo, la mediación de Su Santidad el papa Juan Pablo II.

Este es el contexto bajo el cual un grupo de oficiales del «Curso Naval 77», ya en condición de retiro, aprovechando el obligado encierro por la prolongada cuarentena que les impuso el COVID-19, se organizó para dejar por escrito las experiencias que recordaban de hace más de cuarenta años, cuando salieron a servicio en un momento en que la Armada se alistaba para una guerra. En tales circunstancias, muchas veces debieron asumir responsabilidades profesionales y de liderazgo superiores a las que les correspondía por su grado y experiencia. Esas vivencias, que los marcaron para siempre, son las que se relatan vívidamente en estas páginas.

Haciendo abstracción del índice, el libro está estructurado en tres partes principales. La primera, la más entretenida, relata las experiencias positivas y negativas de los jóvenes subtenientes al presentarse a sus primeras unidades, y cómo debieron incorporarse a un demandante programa de entrenamiento. En una segunda parte, ya superado el aprendizaje inicial e integrados a sus buques o reparticiones, se narran las actividades y los intensos ejercicios realizados durante el despliegue y permanencia de las fuerzas en el Teatro de Operaciones Austral (TOA). El punto álgido de esta sección lo constituyen las dos oportunidades en que se estuvo a punto de romper las hostilidades, el 19 y el 22 de diciembre; después viene el gradual repliegue de las fuerzas, durante el período de Navidad y Año Nuevo. La tercera parte es una suerte de conceptualización retrospectiva de lo vivido; con la mirada del año 2020, se busca transmitir ciertas enseñanzas para las generaciones de futuros marinos y, además, se pasan algunos avisos para los conductores políticos del país.

El libro, si bien está orientado principalmente a los marinos, es perfectamente entendible para cualquier persona, porque —fuera de la última parte— está redactado de manera coloquial y lleno de anécdotas, unas divertidas y otras dramáticas. Si bien se desliza una que otra crítica, en general, es unánime el reconocimiento al buen nivel de entrenamiento alcanzado por las fuerzas desplegadas en el TOA; asimismo abundan los positivos comentarios respecto de la motivación del personal y el liderazgo de los mandos. En la mayoría de los relatos, particularmente en aquellas circunstancias en que existía la íntima convicción de que se iba al combate, se muestra una clara decisión de «vencer o morir», haciendo honor a Prat y a toda nuestra tradición naval. Incluso cuando a último momento, por la intervención del Santo Padre se produce la distensión, cunde una generalizada frustración por no haber ido al

encuentro decisivo, que por tanto tiempo habían esperado, en la confianza de que existían probabilidades ciertas de haber triunfado.

El manejo político de esta crisis por parte del gobierno militar, que logró una exitosa disuasión, hizo que la vida diaria de los chilenos no se viera mayormente afectada, exceptuando a los habitantes de la región de Magallanes. Por eso, no hubo ni ha habido suficiente conciencia ciudadana de lo cerca que estuvimos de entrar en guerra con Argentina aquel 22 de diciembre de 1978 y, consecuentemente, tampoco de los esfuerzos y sacrificios personales y familiares de los miembros de las FF.AA. y Carabineros por defender nuestra soberanía. Es así como, mientras las FF.AA. estaban en primer grado de alistamiento, listas para entrar en combate, entre el 8 y 9 de diciembre el mundo civil participaba entusiastamente en la primera Teletón. En tal contexto, este libro viene a llenar un vacío al dar a conocer las vivencias de unos jóvenes subtenientes que sorpresivamente se encontraron en el ojo del huracán, desde el instante mismo en que, llenos de ilusiones, se incorporaban a la gloriosa Armada de Chile.

Por último, no quisiera que un lector desprevenido se quedara con la impresión de que solo algunos buques de combate y de apoyo, o unidades de infantes de marina, o de buzos tácticos tuvieron un desempeño sobresaliente. En realidad, la Armada completa, junto a las demás ramas de la Defensa y Carabineros de Chile y muchos civiles, mostraron el temple y la voluntad que las circunstancias ameritaban. Pero, claro, el «Curso Naval 1977», por numeroso que haya sido, no podía haber estado en todas partes; y, además, no todos tenían una buena pluma o la disponibilidad o las ganas de contar sus experiencias de hace más de 40 años. En definitiva, este libro, como lo indican sus coautores, no tiene otra pretensión que

presentar de manera amena las peripecias de aquellos subtenientes que tuvieron algún rol en la crisis de 1978 con Argentina y que, voluntariamente, aceptaron el desafío de plasmar en un libro sus experiencias juveniles, como testimonio para las futuras generaciones.

No me queda sino felicitar a quienes tuvieron la feliz iniciativa de dar forma a estas páginas, hasta llegar al libro que el lector tiene en sus manos, a cuya lectura lo insto y recomiendo encarecidamente, en la certeza de que lo disfrutará, sea marino o civil. Les aseguro que no se aburrirán.

Miguel A. Vergara Villalobos
Almirante
Excomandante en Jefe de la Armada

Viña del Mar, abril de 2021

Introducción

Este libro nace de la inspiración de un miembro de la promoción de oficiales egresada al servicio en la Armada de Chile en diciembre de 1976, conocida como Naval 77*, quien contactó a otro del curso y le hizo saber que, siendo como éramos y atendiendo a las capacidades y cualidades de cada uno, debíamos escribir nuestras vivencias para compartirlas entre nosotros.

Pero muchas otras actividades ocupaban de una u otra forma el tiempo de los miembros de nuestro curso y pasaron algunos años sin concretar la idea. Sin embargo, además de la amistad cultivada a lo largo de una vida en torno al mar, también tenemos la capacidad de reconocer quién es quién y en esto estamos todos de acuerdo: tenemos ciertos líderes que capitanean nuestras actividades grupales y, sin ningún temor, a ellos nos sometemos. Es así que quien siempre ha sido el más activo no olvidó la idea del carreta*¹ que propuso escribir parte de nuestros recuerdos, por lo que, aprovechando la pandemia del COVID-19, que en un dos por tres nos mandó a recluirnos a nuestros hogares para cuidarnos, retomó el tema y, en ese solaz obligado, organizó diversos grupos de chat por los buques de aquella época, por especialidades y por circunstancias, e instó a sus carretas del curso Naval 77 a ocupar ese tiempo que llegó y que ahora sí aprovecharíamos para escribir nuestras vivencias de

marinos en ese año crucial para el país como lo fue 1978, cuando éramos veinteañeros.

Con el aporte de otros, esta idea derivó en algo más preciso en su amplitud temporal pero más amplio en su público objetivo, cual es la intención de dejar un testimonio de las vivencias, percepciones y emociones que vivimos de jóvenes en los sucesos de la grave crisis con Argentina de 1978, poco conocida por la gran mayoría de chilenos.

Al igual que muchos otros, ese diciembre de 1978 debimos zarpar al combate estando recién incorporados al servicio de la Marina ¡algo que no todos pueden contar! Por eso, sin pecar de presumidos, creemos bueno y necesario compartir esas experiencias con los jóvenes marinos de Chile que hoy, ilusionados, inician su vida profesional, al igual que nosotros varias décadas atrás. Así como también nos gustaría que hubiese chilenos de todo tipo interesados en conocer de primera fuente un episodio trascendental de la historia de nuestro país, narrada por parte de quienes fuimos sus propios protagonistas. Este libro es el resultado de ese desafío.

Los oficiales del curso Naval 77, en ese entonces subtenientes de marina, fuimos y somos parte de esa primera fuente que marchó a una guerra, la que afortunadamente después no ocurrió.

Por eso, el eje central de nuestro esfuerzo literario es para relatar, desde una perspectiva de nuestras vivencias personales, lo que sucedía en algunas partes de Chile cuando la principal preocupación para la gran mayoría de los ciudadanos de este país era preparar los festejos de la Navidad y el Año Nuevo, o bien participar felices en esos días de la primera Teletón, estando completamente ajenos a lo que ocurría allá en el sur. Sí, en el Teatro de Operaciones Austral (TOA), y a lo largo de nuestra

kilométrica frontera terrestre, en ese mes de diciembre de 1978 había unos cuantos miles de chilenos preparados para detener la invasión planificada por Argentina. En lo que a nosotros respecta, siendo muchachos aún, nos aprestábamos para honrar ese juramento que tan solo 24 meses antes habíamos hecho ante Dios y nuestra bandera: «Vencer o Morir».

Para describir lo anterior, les presentamos este libro en cinco partes principales y cinco anexos. La primera parte corresponde a un breve resumen de cómo llegamos a fines de 1977, ya que eso nos parece importante para comprender las vivencias que siguen. En la segunda parte describimos las sorpresas que tuvimos al cumplir nuestros primeros transbordos a principios de 1978 y los desafíos que debimos superar para adaptarnos a un frenético ritmo de actividades que se desarrollaban en la Armada debido al desconocimiento del laudo arbitral por parte de Argentina, respecto de la delimitación territorial desde el canal Beagle hacia el sur.

Acto seguido, los relatos que les presentamos en la tercera parte se orientan a describir lo que hicimos durante el segundo trimestre de 1978, periodo caracterizado por una gran incertidumbre y por una preparación más intensa para enfrentar una invasión que podía ocurrir en cualquier momento.

A continuación, en la cuarta parte, presentamos lo que vivimos principal, aunque no exclusivamente, en el sector oriental del canal Beagle durante el periodo más crítico de la crisis en diciembre de ese año, cuando la fuerza anfibia argentina progresaba con rumbo sur hacia el territorio insular chileno. Por nuestra parte, algunos embarcados en los buques de la Escuadra nos interponíamos a pocas millas de distancia para destruirlos en un combate inminente que

estuvo a escasas horas de ocurrir. Simultáneamente, otros de los nuestros más cerca de la costa completaban el dispositivo defensivo en buques menores. Nuestros pares cosacos* estaban atrincherados en las islas esperando su momento de actuar, a la par que los buzos tácticos se encontraban en esas gélidas aguas y se aprestaban a iniciar bajo su superficie el cruce del Beagle, y nuestros camaradas del Ejército y la Fuerza Aérea estaban listos para rechazar las otras incursiones argentinas que ocurrirían en algunos puntos de nuestra frontera una vez que se hubieran iniciado las hostilidades en el sur. Por su parte, Carabineros de Chile hacía su aporte desplegando a lo largo de la frontera miles de efectivos, a la par que nuestros carretas mercantes apoyaban durante esos decisivos días, transportando por los mares del mundo los nutrientes necesarios para mantener funcionando el país y las vituallas que se requerían para una guerra que, como todas, se sabía cuándo podría comenzar, pero no cuándo terminaría.

Finalmente, en la quinta parte, y habiendo transcurrido cuarenta y dos años de esos hechos, destilamos nuestras reflexiones de lo principal que aprendimos en 1978 derivado de los relatos expuestos en las partes previas, las que compartimos con mucha humildad con los lectores, y con el solo propósito de que ojalá sean útiles para complementar las otras experiencias que están disponibles para todo aquel que se interese por el bien de nuestro país, Chile.

Se complementa lo anterior con anexos. El primero explica el significado de los términos propios de la jerga naval que se han usado en este libro. El segundo describe las unidades, compara capacidades y muestra mapas y gráficos que esperamos sirvan al lector para comprender lo mejor posible aquello que percibimos quienes participamos en las

actividades que se relatan. En el tercer anexo se hace una descripción de los grados en uso en la Armada de Chile. En el cuarto se identifica al autor o propietario de cada una de las imágenes que se incluyen en el cuerpo principal. Finalmente, en el quinto y último anexo se nombran a los integrantes de la Promoción 1977 y otros que conforman el Grupo Naval 77.

Este escrito no pretende ser una obra histórica, de análisis internacional ni militar, como tampoco un trabajo de investigación académico, razón por la cual nos hemos permitido escribirlo en un lenguaje coloquial, para que transmita con la mayor fidelidad posible nuestras vivencias de entonces, pero relatadas ahora que componemos los cuadros de los viejos tercios, es decir, cuando podemos expresar con otra perspectiva de vida aquello que vivimos y cómo lo vivimos, lo que hicimos siendo muchachos y las vivencias que recordamos de un momento crucial de la historia patria.

Sabemos que, como toda obra humana, este libro debe tener muchos defectos, pero una o quizás la principal virtud que tiene, es que está hecho por un grupo de marinos de la Armada de Chile que vivió una experiencia única. En efecto, los oficiales de todas las promociones de la Escuela Naval han tenido la experiencia de un periodo de reclutas, han superado desafíos académicos y también muchos de ellos tuvieron una participación en la crisis de 1978, pero ninguno la experimentó en su primer año de desempeño profesional, como fue el caso del curso Naval 77. Ese es un periodo en el cual uno asimila y percibe lo que le ocurre de manera más fuerte a como lo hace después, y si se trata de ir a una guerra, entonces el impacto que queda para toda la vida en lo personal y en lo profesional es muy contundente.

Esa unicidad es otro de los aspectos que nos ha inspirado a emprender el desafío de escribir este libro. Si bien éramos muchos los que estábamos dispuestos a demostrar al mundo que la decisión de invadirnos habría sido un error in aeternum de la política argentina, éramos pocos los que estábamos en nuestro primer año de desempeño profesional individual. Si esta obra contribuye a que el lector comprenda, aunque no los comparta, el cúmulo de motivos interrelacionados por los cuales en ese entonces los integrantes del curso Naval 77 estábamos dispuestos a «Vencer o Morir» a tan temprana edad, entonces el propósito principal de este libro se habrá logrado.

PARTE I

El camino previo a la crisis

El curso Naval 77

Ingresamos a la Escuela Naval entre 1970 y 1975, en la mejor etapa de nuestra primigenia juventud, quizás siendo niños aún, pero con la convicción de perseguir nuestro sueño: ser marinos.

Un sueño que, creemos, desde su concepción resulta algo distinto, pero teniendo claro que no es mejor ni peor que otros; sino que, por sus características y el ámbito de su realización profesional solo se gesta en gente diferente.

Al momento en que nuestros padres nos despidieron dejándonos en medio del patio del buque en esa escuela, rodeados de una pléyade de muchachos desconocidos que los años y la vida transformarían en hermanos en la mar, de sopetón aparecieron los brigadieres, nuestros «dioses del Olimpo». Ellos nos formaron, nos dijeron a qué grupo pertenecíamos y, desde ese momento, nos comenzaron a instruir en las particularidades de la vida de Escuela. Fue así como supimos y entendimos que, al llamado del clarín, estuviéramos donde estuviéramos, debíamos llegar al punto de formación, y que era en ese grupo de muchachos, entre los que estaban a diestra y a siniestra, adelante y atrás, el lugar en el que debías estar. Rápidamente comenzamos a conocernos, a olfatearnos, a detectar afinidades y a encontrar amigos y parientes; nos agrupamos

espontáneamente y hasta el día de hoy, después de casi medio siglo, nos reconocemos como carretas.



Fig. 2: Ingreso 1972.



Fig. 3: Ingreso 1974.

En medio de ese grupo comenzamos a vivir lo que para algunos fue un martirio, para otros fue una penitencia o un tramo a superar y toda una instancia que ponía nuestras capacidades y potencialidades conocidas y por conocer en jaque; el mate dependía solo de ti. O te superaba ese primer escollo o contraatacabas culminando el periodo de recluta, para luego, superado ese primer año de mote*,

sortear los siguientes hasta graduarte como oficial de marina.

Pero, como para la mayoría de nosotros no existía la posibilidad de fallar -mal que mal algo de orgullo personal había en nuestros noveles corazones-, rápidamente nos fuimos adaptando a lo nuevo, desprendiéndonos de hábitos, costumbres y paradigmas que hasta ese entonces delimitaban nuestras vidas. Sí, o nos adaptábamos o sucumbíamos, y para no perecer en el intento, comenzamos a cultivar formas, costumbres y hábitos que determinarían nuestra nueva y futura vida. Todo ello bajo el celo implacable de nuestros instructores, los brigadieres, muchachos como nosotros, solo que cuatro o cinco años mayores, pero muchachos, al fin y al cabo, quienes guiados por los oficiales funcionaban al compás de una melodía de vida que había que adquirir.

Nuestros brigadieres y oficiales instructores intuían y sabían que lo podíamos lograr; éramos juventud seleccionada y antes que nosotros, desde 1818, lo habían hecho muchos otros muchachos que fueron cadetes y que nos habían antecedido en el privilegio de estudiar en la Escuela Naval, quizás en condiciones de aún mayor adversidad. Al igual que ellos y todos quienes han pasado por sus aulas, sabemos que esa disciplina naval adquirida ahí es a la larga un bálsamo de alivio para enfrentar los desafíos y reveses de la vida y, por lo mismo, pasa a ser parte de nuestro existir y sin duda también pilar de nuestros futuros logros, por modestos que sean.

Nuestra vida profesional la iniciamos el 18 de diciembre del año 1976, al graduarnos de la Escuela Naval Arturo Prat como oficiales de marina o «guardiamarinas», en el léxico naval (aunque ese grado se había eliminado en esa época). A contar de entonces conformamos el curso Naval

77, compuesto por quienes siendo niños ingresaron a la Escuela Naval ese año de 1972 y que, sin tropiezos en el camino, culminaron sus cinco años de formación en 1976; además, por un grupo de otros aún más niños que ingresaron en 1973 pero que, en atención a sus méritos y cualidades individuales mostradas en el riguroso y exigente primer año de motes, y ante los nubarrones de crisis que asomaban por el horizonte principalmente desde el norte, el Alto Mando naval decidió «acelerar», y el jaque mate a los cinco años de estudios, ellos se lo dieron en cuatro.



Fig. 4: Reclutas 1973.



Fig. 5: Reclutas 1974.

Asimismo, en el curso Naval 77 hay otros tres grupos importantes. El primero, que ingresó el año 1974 siendo ya no tan niños, mozalbetes que recién superaban los 16 o 17 años y que, con cuarto medio aprobado, iniciaban programas especiales de tres años de duración para completar el curso de oficiales ejecutivos y dotar de oficiales a la Marina Mercante Nacional; el segundo, que ingresó en 1975 para preparar a los oficiales de la Infantería de Marina y Abastecimiento; y finalmente el tercero, un curso de Aspirantes Navales de dos años de duración efectuados en la Escuela de Armamentos, los que arribaron al Alma Mater solo dos semanas antes de la ceremonia de graduación. Durante esas dos semanas de intensas prácticas nos conocimos e integramos para graduarnos en esa solemne ceremonia del 18 de diciembre de 1976.

En nuestro curso también hay «mariscales» * (cadetes con aprecio por la vida de la Escuela y que perseveraron en ella durante siete años) y otros tantos «recachantes» (cadetes que por uno u otro motivo repitieron un curso), independiente del año que ingresaron.

Como puede observar el lector, el curso Naval 77 es una promoción variopinta, con personas de todos los talentos, evidentemente unos más serios, otros más risueños, unos más intelectuales, otros más sensitivos, otros más cartesianos, unos laterales, otros secuenciales, otros más rítmicos, otros más físicos, otros más compasivos, otros con dotes artísticas, otros más severos y, en fin, todos en una amalgama de personalidades venidos desde el norte y desde el sur, desde tierra adentro y desde el litoral, una pléyade con componentes que podrían tener hasta cinco años de diferencia en edad, importante en esos primeros

años de vida, pero nada después de nuestra vivencia de 1978, año en el cual cursamos nuestro primer postgrado profesional y de la vida, posiblemente sin tener conciencia de ello.

Es así como ese 18 de diciembre de 1976 todos juntos envolvimos nuestro dormán* de cadete con botones dorados que por años vestimos junto a nuestra capa y al resto del uniforme, y los guardamos en el desván. Entonces, por primera vez, usamos nuestro nuevo uniforme de oficiales de marina y nos formamos por última vez en el patio del buque.

Luego del paseo de la Bandera, marchamos a los acordes de la pieza «Recuerdos de 30 años» a la cabeza del Regimiento Escuela Naval hasta el Estadio de Playa Ancha, nuestro campus de graduación. Ingresamos ahí con el pecho henchido, serenamente sonrientes y al compás marcial que nos marcaba la banda para, luego de un par de evoluciones, formar esa histórica y única doble media luna del curso más numeroso de próximos subtenientes, compuesta por quienes en cosa de minutos pasaríamos a ser oficiales ejecutivos, sea de cubierta y/o ingenieros, oficiales infantes de marina, oficiales del escalafón de cubierta y máquinas, oficiales de abastecimiento, oficiales del litoral y oficiales pertenecientes a nuestra Marina Mercante Nacional, pilotos e ingenieros.

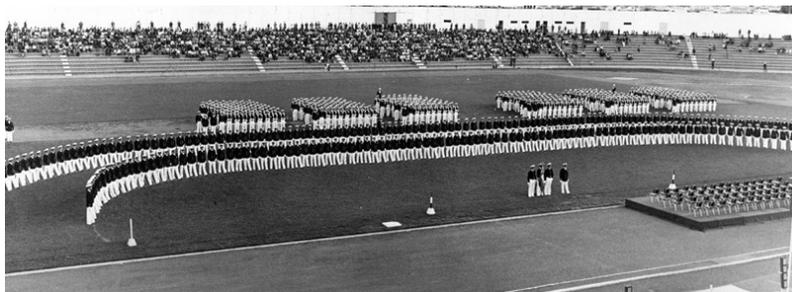


Fig. 6: 18 diciembre de 1976, el curso Naval 77 en dos semicírculos para el juramento y bendición de las espadas.

La parte central y medular de la ceremonia para cada uno de nosotros era recibir la espada de las manos de nuestros padres y/o familiares directos y proceder a su bendición por parte de los dos capellanes de la Escuela, y ya con la vaina tomada al andar de la pierna izquierda y la espada en nuestra diestra, en posición firmes, apuntando a nuestro pabellón juramos: «Juro por Dios y por esta bandera, servir fielmente a mi patria..., hasta rendir la vida si fuera necesario». Es decir, hasta «Vencer o Morir», lema que se encuentra grabado en bronce en el puente desde donde se conducen los buques de la Armada de Chile.

En un tono marcial y con nuestras voces aún juveniles lo dimos con absoluta convicción, emocionados y con la certeza de cumplirlo, pues en nuestros años de Escuela Naval siempre se nos enseñó e inculcó que, en esencia, un oficial de marina era un líder, una persona con la responsabilidad y convicción de guiar a otras en vías de un objetivo y que nuestro norte, recto como una flecha, desde ahora y para siempre, sería la figura señera de nuestro héroe máximo, el comandante Arturo Prat Chacón. Para ese entonces no había cavilaciones ni dudas al vociferar nuestro juramento; nuestras jóvenes almas lo vivían y sentían en su letra y espíritu, y si llegaba el momento de honrarlo, sabíamos que lo haríamos sin titubear. Al menos eso creíamos en teoría, pero dos años después se nos dio la oportunidad para verificarlo en la práctica.

Fue más temprano que tarde, en el año 1977, durante nuestro crucero de instrucción en el Buque Escuela Esmeralda, que comenzamos a aplicar algo de lo que habíamos aprendido en la Escuela Naval, junto con acumular experiencia en náutica y en un incipiente liderazgo en la mar. Este periodo también sirvió para conocernos entre muchos que nunca habíamos compartido en los años previos, y así aglutinar a una generación que es

una interesante amalgama de componentes que, por las circunstancias de los tiempos que se vivían y de las amenazas tanto internas como externas que existían, tuvo la inusual conformación que ya vimos.

Como era lo esperado, con los años la mayoría siguió el sueño de ser marinos y algunos lograron el privilegio de alcanzar importantes posiciones de liderazgo institucional. Once de los nuestros llegaron a ser almirantes y cada uno de ellos significó un orgullo para el resto al sentirnos representados. Especial mención ameritan dos casos que, alcanzando el grado de vicealmirante, uno asumió como jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas y, el otro, ascendió a almirante y le cupo el privilegio y alta responsabilidad de ser comandante en jefe de la institución entre los años 2013 y 2017.

Asimismo, hubo algunos que desabracaron* de la Marina siendo aún cadetes o tras servir un par de años como oficiales subalternos, y optaron por continuar su derrotero profesional en la vida civil, algunos voluntariamente y otros no tanto, lo que en todo caso nunca los alejó de nuestra esfera naval.

También, con dolor y tristeza nos ha tocado despedir a algunos que han partido prematuramente y ya navegan las aguas de la eternidad, pero nos queda el consuelo de haberlos tenido con nosotros en alguna etapa de nuestras vidas, y esos recuerdos son lo más importante que aún guardamos.

Hoy sabemos que lo que nos cohesiona como el curso Naval 77 es que nos graduamos y recibimos nuestra espada de las manos de nuestros padres ese 18 de diciembre de 1976 y, con miles de millas navegadas en diversos mares, podemos agregar que las vivencias durante la crisis de 1978, aunque dispersas en tiempo, espacio y funciones, son uno de los

factores que más nos unen, porque compartíamos un objetivo común y de valor trascendental para nuestro país.

Algunas de esas vivencias ocurrieron en buques que estaban fuera de servicio por su antigüedad. De cómo se inició la reactivación de algunos de estos buques para enfrentar esa crisis, trata el tema que desarrollamos a continuación.

Situación de apresto: la realidad material de nuestra Armada

La situación del equipamiento y de las naves de nuestra Marina en esos años setenta no era de esplendor. En efecto, mientras nos alistábamos para iniciar nuestro crucero de instrucción en 1977, un artículo publicado años después en la Revista de Marina, cuyo autor es el capitán de navío Sergio Ostornol Varela y cuyos fragmentos reproducimos a continuación, refleja la realidad de ese momento y la voluntad del almirante Merino para recuperar unidades que se encontraban en espera de ser desguazadas* en la planta de Asmar en Talcahuano. A ellas llegaríamos luego de nuestra formación para contribuir a ponerlas en acción nuevamente y devolverles su poder de combate.

REUNIÓN CON EL ALMIRANTE MERINO

Sorpresivamente, una mañana de la primavera de 1976, fui citado a la oficina del administrador de la planta, el capitán de navío Óscar Paredes, habiéndome instruido de recibir y acompañar al comandante en jefe de la Armada, el almirante José Toribio Merino, quien llegaría al astillero alrededor de las 10.30...